

“PIGLIA Y MI PADRE: UNA AMISTAD QUE SE PROLONGÓ EN CONJETURA”

Por ADRIÁN FERRERO

Por supuesto que yo estaba al tanto de que durante sus estudios en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), Ricardo Piglia había sido un amistoso camarada de mi padre. No un confidente. Pero sí un amigo intelectual. Pero seguramente algún código, de esos entre varones en los que se confiesan algún secreto, los habrá habido. El viaje iba de los saberes de mi padre sobre literatura española (que él enseñaba en la Universidad Nacional de Plata como Ayudante Diplomado), a los cuentos de Piglia de los que después formarían parte de su libro *La invasión* (1967). Lo cierto es que Piglia le leía estos cuentos a mi padre en casa de mis abuelos paternos. Mi abuela, siempre amable y diligente, hospitalaria, seguramente lo agasajaría con alguna confitura con café. Mi abuelo, por el contrario, estaría en su “cuarto de las herramientas”, como solía llamar a su taller de trabajo en el último piso del edificio de departamentos de calle 7 entre 56 y 57 donde realizaba trabajos de carpintería, juguetes para nosotros (guardo un molino exquisito realizado con madera, fragmentos de latas de dulce de batata, una tapa de una bebida gaseosa, aluminio). En fin, mi abuelo adoraba andar en bicicleta y en cada excursión por la ciudad de La Plata (él era oriundo de Pergamino, luego, de casado, a Mercedes, Provincia de Buenos Aires, donde residía mi abuela, allí se radicaron, donde se crió mi padre). Hasta que, una vez definida la vocación de mi padre, por las Letras (previo pasaje por la de Derecho), se mudaron efectivamente a nuestra ciudad. Mi padre vivió en pensiones, pero eso era frecuente por aquel entonces en estudiantes que no residían en la ciudad como habitantes estables. Era una alternativa. Y no de las peores. Se hacían buenas amistades y se comía bien en un restaurante para universitarios.

Mi padre guarda recuerdos entrañables de esa ciudad de Mercedes (o pueblo por aquel entonces), al que muchos años más tarde, mi hermano, su pareja, yo, con la mía y mis padres emprendimos una expedición de regreso porque se había montado una comedia musical por parte de un amigo de mi padre, director de teatro. La obra era *Gigi*, de Colette, muy puesta, adaptada a las posibilidades de un teatro de provincias, naturalmente. Eso no era Broadway. Su versión dramática a la que mi padre le había incorporado letras, a canciones a música francesa de por aquellos tiempos. De modo que recuerdo a una atractiva actriz descollando que cantaba e interpretaba el protagónico. También lo recuerdo a mi padre en su estudio, escuchando esa banda de sonido de canciones francesas de antaño, traduciendo y adaptando letras para el cancionero que haría las veces de banda de sonido de la comedia musical. Una vecina del barrio, que solía pasar por la vereda, escuchó varias veces esas melodías. Y le pidió una copia a mi padre. Quien naturalmente se la regaló. Nunca fue tacaño con el arte.

Luego recuerdo un almuerzo de amigos en casa del director, con todos sus hijos (que eran muchos), y nosotros (solo dos hijos, una familia chica junto a semejante

prole). La charla fue fluida, si bien la literatura no fue el centro de nuestros diálogos. Más bien las experiencias vitales. Sobre todo anécdotas del pasado y la vida familiar. Un futuro casamiento (en mi caso), hijos o, en todo caso, una hija, Emilia, que llegaría sin embargo por aquella dramática crisis de 2002, varios años más tarde, abriéndose paso a los codazos. Nada podría evitar que arribara a este mundo, sana y bella, como lo sigue siendo y, así lo estimo, lo será mientras la vida la acompañe.

Pero regreso a Mercedes. Papá nos explicó que había bares que antes eran otros negocios. Nos mostró la plaza en la que jugaba con ese particular juego de manijas redondas para girar en círculos volando del piso, desde un soporte vertical. Se escapa su nombre de mí ahora.

Me contó papá que él musicalizaba el teatro vocacional del pueblo de joven, con un tocadiscos muy primitivo. Pero sigue amando la misma música de películas como por aquel entonces. Y su casa está plagada de CDs. de esa naturaleza. Por mi parte, jamás me interesé por bandas de sonido de films, salvo escasas excepciones. Esas que de veras a uno lo marcan, tocan su fibra más íntima. Le dejan una huella indeleble sin retorno. También me explicó que habían invitado al pueblo para que dictaran conferencias o ser públicamente entrevistados a Abelardo Castillo, Liliana Heker y este incipiente Ricardo Piglia que ya se insinuaba como una estrella de las letras argentinas.

Papá evocó cierta vez la fascinación de Piglia (me contó) por el cuento "Continuidad de los parques", como se recordará de Julio Cortázar, entre muchos otros. Por mi parte, me gusta Cortázar, pero no experimento ese magnetismo por su ficción que sí experimento por la de María Negroni, Tununa Mercado o Inés Fernández Moreno. La de Antonio Dal Masetto o Arnaldo Calveyra, Reina Roffé. La de los ensayos de Martín Kohan, brillantes todos por cierto. O bien la de los poemas de Mirta Rosenberg, Hugo Padeletti, Juan L. Ortiz, Susana Thénon, Olga Orozco, en fin, la lista podría seguir y seguir. Pero no eludiría a Clarice Lispector, la autora de origen ucraniano radicada en Brasil. Pintora y escritora para niños y adultos. Cuya lectura es una experiencia difícilmente olvidable.

Pero regreso a esta escena o a aquella escena en todo caso. Piglia leyéndole sus cuentos a mi padre. Mi padre hablando con él de los poetas de la Generación del '27 española. En particular de Luis Cernuda ¿Qué secreta sintonía se produjo entre estos dos hombres con formaciones, educaciones, intereses, inquietudes, tan dispares? Papá escribiendo poesía. Sonetos más precisamente. Lo ignoro. Podría decir, eso sí, que ha existido la misma sintonía con amigos tan distintos de mí, y sin embargo hemos sido como hermanos. Incluso no logró separarnos ni la política. Esto señala un pluralismo fundamental para mi vida sin el cual no podría convivir con mis semejantes ni concebirla de un modo generoso. Y que por cierto me impide entender a este país.

Esa escena de lectura en alta voz entre ese hombre que, cuando le pregunté a mi padre por esa hipótesis mía, "no dejaba de pensar la literatura, la crítica, la teoría" (me refirió). En fin, todos conocemos su trayectoria. De lo que fue capaz. Adónde llegó con sus capacidades y sus dones. También con su trabajo indetenible. Incalculable diría.

Muchos, muchos años más tarde, papá volvió a ver a Piglia en su departamento, ya adultos maduros, papá con hijos adolescentes. Y lo entrevistó. Yo no he

escuchado esa entrevista, papá no me la ha ofrecido ni se la he pedido porque entiendo es un pacto entre ellos dos, pero en lo personal sí la presiente como íntima, por un lado, pese a lo cerebral de Piglia. También Piglia sabía cuándo podía y cuándo debía respetar a alguien que sabía, que no era un improvisado. Que se había pasado la vida leyendo (y enseñando eso mismo que había leído). Sabía respetar el saber. Sabía respetar la inteligencia (que a mi padre no le falta). Y también entiendo que sabía recordar buenos viejos tiempos.

Por mi parte entrevisté, como lo hice público este año 2021, a Piglia, grabador en mano, en su departamento de Buenos Aires, en 1999, antes de que partiera para EE.UU. No sin antes un pasaje por Buenos Aires luego de pensiones en La Plata seguramente conflictivo. Para coronar su vida siendo Profesor Emérito de la Universidad de Princeton.

Yo, graduado en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de La Plata, al igual que mi padre y mi madre (también investigadora), venía con una formación sólida pero que ni rozaba la de Piglia. La misma Universidad en la que Piglia había obtenido su primer título de grado, pero en la carrera de Historia, y había dado su primeros pasos como docente universitario, la desventaja resultaba entre sus saberes, su inteligencia, su capacidad de reflexión sobre la teoría y la metateoría o la teoría de la crítica o la teoría literaria resultaba abrumadora y me ponía contra las cuerdas. Él era un hombre poderoso. No obstante, acudí a una “treta del débil”, que para el caso resultó eficaz. Le formulé preguntas que lo desconcertaron. Eran inesperadas para un escritor en que otro escritor lo entrevistara con esas preguntas. No solo me concentré en sus saberes (en los que él obviamente me aventajaba) sino que eché mano de otros en los que yo me sentía como pez en el agua que me resultaban familiares por mi formación sensible en otros campos. Las había formulado en otras entrevistas a escritores. No le pregunté por autores célebres o sagrados. El contestador automático no cesaba de funcionar (invitaciones, convocatorias, mesas redondas, presentaciones de libros, órganos oficiales que lo halagaban con celebraciones). Él con la mano izquierda, incómodo (sabía que yo lo estaba grabando), hacía gestos para que siguiéramos con nuestro diálogo sin prestar atención a esas interferencias tan fastidiosas. Fue amable con ese adulto joven inmaduro teóricamente (pero no ingenuo) que era yo. Pero tampoco dejó pasar imprecisiones. Él seguramente no estaba dispuesto a permitir eso en una entrevista que iba a ser publicada. No iba a dejar pasar ni errores ni ambigüedades.

La cassette con la entrevista no fue desgrabada en lo inmediato. Quedó guardado (bajo las napas del tiempo), se traspapeló en mudanzas sucesivas, una inundación tremenda en la ciudad de La Plata que dejó el saldo de muchos muertos y la ciudad literalmente devastada. En fin, esas cosas que nos pasan con los objetos preciosos cuando somos negligentes con ellos, al tiempo que la vida, los accidentes, los temporales arrecian.

Mi hermano Diego, técnico en sonido, iluminador, experto en computación, cierto día me mostró “mi caja”, a la que él, por su misma profesión, le había otorgado mucha relevancia porque sabía que la tenía para mí. Sabía que contenía elementos valiosos. Incluso irremplazables. Estaba plagada de grabaciones de entrevistas a escritores, varones y mujeres (Luisa Valenzuela, José Pablo Feinmann, Noé Jitrik, Tununa Mercado, María Negroni, Angélica Gorodischer, entre otros), publicadas algunas o no, según los casos. De pronto: doy con este tesoro, la entrevista a Piglia.

No hacía tanto que Piglia acababa de morir. ¿Tres años? Todavía el sonido de sus los ecos de sus libros póstumos se escuchaban. Diego la digitalizó con toda la paciencia del mundo, yo la desgrabé con la misma paciencia, paso por paso, inflexión de voz por inflexión de voz. Cuando la tuve editada, se la envié al Dr. Saúl Sosnowski, para su Revista *Hispanamérica. Revista de literatura*, de estudios de literatura latinoamericana, de la Universidad de Maryland (EE.UU.). ¿Por qué no? ¿por qué Piglia no podría hablar de poética, de crítica, de teoría, en el país que había elegido que transcurriera la mayoría de su vida? ¿era acaso descabellado elegir ese destino intelectual para la voz de un hombre que, a su vez, había conocido (y bastante) al Dr. e Letras Editor de esa publicación. Me pareció, como mínimo, coherente. Y supe, para mí, que él lo hubiera aprobado. Mucho más conociendo la talla ética y profesional del Dr. Sosnowski.

La entrevista fue publicada a mediados de este 2021. La juzgo, en este presente histórico de 2021, como un tributo. Como una pieza de valioso cristal de aquel que fue Piglia (sobre todo) y en menor medida de aquel entrevistador que fui yo, un oficio (el de entrevistador, digo), que me viene acompañando a lo largo de toda mi vida, desde 1994 para ser exactos. En que entrevisté primero a la poeta de La Plata con seudónimo Matilde Alba Swann y luego a José Pablo Feinman. Esta sería una misión que me confiarían de muchas Revistas académicas o no, de distintas partes del mundo, de mi ciudad, a lo largo de mi vida. Y todo conduce a pensar que así seguirá siendo. De hecho publiqué un libro de entrevistas a escritoras argentinas.

Antes de esta publicación de 2021 aún, yo había entrevistado a Piglia vía email. Él se mostró nuevamente afable. No tenía presente aquella entrevista de 1999 pero sí a mi padre, dato con el que no especulé sino solo mencioné a mero título de referencia: en qué Universidad me había educado, dónde me había doctorado, cuál era mi cultura familiar, mi sentido de la ética familiar, mis inclinaciones básicamente familiares por educación de lecturas. En fin, eso que hace a una identidad cuando alguien no conoce a quién le está hablando, alguien se lo presenta fugazmente, y de inmediato traza un perfil sociocultural y afectivo de esa identidad ignota.

Yo ya no era ese joven adulto inmaduro teóricamente, sino alguien que había leído mucha teoría (no solo literaria), mucha crítica, que había sido investigador en mi Universidad con becas y Subsidios. Integré proyectos de investigación con grandes autoridades y maestros. Con publicaciones con evaluación externa en el país y el extranjero. La entrevista salió publicada en la Revista *Iberoamericana de Berlín*, también de estudios latinoamericanos, entre otros.

Años más tarde, en 2013, yo preparé en carácter de compilador un libro de cuentos y prosas poéticas del que formaron parte grandes plumas argentinas. No daré nombres para no pasar por presuntuoso pero sí diré que todos ellos accedieron con una cordialidad sin precedentes y cedieron los derechos de autor, incluso de obras literarias aún en circulación luego de dejar en claro a la Editorial correspondiente que esto tendría lugar. El resultado fue *Desplazamientos. Viajes, exilios y dictaduras* (2015), editado por la Edulp, de La Plata. Un libro que me trajo disgustos (y no por los autores, sino por la casa editorial), pero que se pudo concretar. Por otro lado, tomaba como modelo otro libro, esta vez de ponencias, no de cuentos o prosas poéticas, en el cual un grupo de escritores exponían las exponían en EE.UU. Los editores eran Sylvia Molloy y Mariano Siskind acerca de la dimensión que significaba ser un escritor caracterizado por el viaje, a un lugar

concreto, para instalarse, de otra cultura. El escritor migrante, que no tenía una residencia estable sino que vivía en constante desplazamiento. Y lo que Molloy y Siskind llamaron no despectivamente, sino descriptivamente, “los alienados”, no por condición mental sino por desconocer la experiencia de la expatriación más que por viajes esporádicos, transitorios y puntuales.

Incluí en ese libro la entrevista por escrito a Ricardo Piglia de *Iberoamericana de Berlín*. Y otra inédita a Noé Jitrik, que muy gentilmente accedió a ser entrevistado por escrito. Y a participar del libro también con sus textos narrativos.

¿Qué más decir de este cruce de caminos con Piglia? Salvo que lo he leído en la Universidad en la carrera de Letras. Que sus novelas deslumbran y alumbran. Que es un intelectual faro. Que lamenté ese final febril pero también ejemplar. Y que he escrito sobre él con pasión y con gratitud. Técnica y más afectivamente como lector, no como amigo (jamás lo fuimos). Mi libro *Desplazamientos*, agregaría yo, se vio coronado con mi envío por correo a Piglia, junto con uno de sonetos maravillosos de mi padre, *La invención del silencio* (2015) y con este mío en carácter de Editor, prologuista y con las notas biobibliográficas a mi cargo. Por supuesto, también la de mis compilados. Días después, Piglia, a través de su secretaria, la hizo llamarnos para agradecer a ambos. Pero habló solo con mi padre. Al fin y al cabo, eso de lo entrañable viene de la palabra entrañas, lo más recóndito de un hombre. Lo más esencial, había sido compartido con mi padre. Yo, al fin y al cabo, había gravitado en esa constelación de escritores como una prolongación más que como un integrante. Sumándome con mi libro, en todo caso, a una biblioteca imaginaria. Que existía y no existía a la vez. Formaba parte de ese universo virtual, capaz de hacer sistema, pero ser un apéndice que se sumaba a una conversación infinita que había tenido lugar de modo intenso. O, quizás, había sido un mero emisario. Eso no lo sabré jamás. Es un secreto que Piglia se ha llevado. Pero quizás quede haya quedado cifrado en sus libros. En los de mi padre. En el que hice yo con su entrevista. Tal vez alguna vez sea capaz de desentrañarlo. Pero solo los secretos pueden ser develados. No los misterios. Ignoro tanto las jugarretas del destino, como lo inexorable que también resulta indetenible. Por fatal.